



Hablamos con el Señor sábado, 22 diciembre

Preparemos los caminos
– ya se acerca el Salvador –
y salgamos, peregrinos,
al encuentro del Señor.

Ven, Señor, a liberarnos,
ven, tu pueblo a redimir;
purifica nuestras vidas
y no tardes en venir.

El rocío de los cielos
sobre el mundo va a caer,
el Mesías prometido,
hecho niño va a nacer.

Suplica

Señor, da luz a mi “corazón” para que vea mi vida según tu voluntad.

Para que vea a qué me estas llamando

Señor, quiero salir de esta meditación con un “corazón” renovado.

De los montes la dulzura,
de los ríos leche y miel,
de la noche será aurora
la venida de Emmanuel.

Te esperamos anhelantes
y sabemos que vendrás;
deseamos ver tu rostro
y que vengas a reinar.

Consolaos y alegraos,
desterrados de Sión,
que ya viene, ya está cerca,
él es nuestra salvación. Amén.

Vivir entre contemplación y servicio

El cristiano ha de vivir un equilibrio entre “contemplación y servicio”, dos cualidades que ilustra muy bien el Evangelio de Lucas, centrado, en esta ocasión, en las figuras de Marta y María, las hermanas de Lázaro de Betania, en cuya casa Jesús es huésped.

Entró Jesús en una aldea y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Esta tenía una hermana llamada María que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Y Marta se multiplicaba para dar abasto con el servicio; hasta que se paró y dijo:

-«Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola con el servicio? Dile que me eche una mano.»

Pero el Señor le contestó:

-«Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas; sólo una es necesaria. María ha escogido la parte mejor, y no se la quitarán

1.- Cristianos ajetrechos pero sin la paz del Señor

“Son dos hermanas que, con su modo de actuar”, explicó el Papa en su homilía, “nos enseñan cómo debe ir adelante la vida del cristiano”. “María escuchaba al Señor”, mientras Marta estaba “distráida”, porque se estaba ocupando de los distintos servicios.

He aquí Marta, que es una de esas mujeres “fuertes” – reafirmó Francisco – también capaz de reprochar al Señor por no haber estado presente en la hora de la muerte de su hermano Lázaro. Sabe “ir adelante”, es valerosa – pero carente de “contemplación”, incapaz de “perder el tiempo mirando al Señor”:

“Hay tantos cristianos que sí van el domingo a Misa, pero después están ocupados, siempre. No tienen tiempo ni para los hijos, y ni siquiera para jugar con sus hijos: es feo esto. ‘Tengo tanto que hacer, estoy ajetrechado...’. Y al final se convierten en quienes dan culto a esa religión que es el estar atareado: pertenecen al grupo de los ocupados, que siempre están haciendo... pero detente, mira al Señor, toma el Evangelio, escucha la Palabra del Señor, abre tu corazón... No: siempre el lenguaje de las manos, siempre... Y hace el bien, pero no el bien cristiano: un bien humano. A estos les falta la contemplación. A Marta le faltaba esto. Valerosa, siempre iba adelante, llevaba las cosas en la mano, pero le faltaba la paz: perder el tiempo mirando al Señor.

¿Estoy siempre atareado, mirando lo que hago o he de hacer?

¿Qué acciones fundamentales hago cada día?

2.- La contemplación no es no hacer nada

Por el contrario, está María: de quien el Papa aclara que no es que se dedica a “no hacer nada”. Sino que ella “miraba al Señor porque el Señor tocaba su corazón y desde allí, desde la inspiración del Señor, es de donde viene el trabajo que se debe desarrollar después. Es la regla de San Benito, “Ora et labora”, que encarnan los monjes y las monjas de clausura, los cuales, ciertamente – subrayó el Papa Bergoglio – no “están todo el día mirando el cielo. Rezan y trabajan”.

Y, sobre todo, es cuanto ha encarnado el Apóstol Pablo: “Cuando Dios lo eligió” – hizo notar Francisco – “no fue a predicar inmediatamente”, sino que “fue a rezar”, “a contemplar el misterio de Jesucristo que le había sido revelado”:

“Cada cosa que hacía Pablo la hacía con este espíritu de contemplación, de mirar al Señor. Era el Señor el que hablaba a su corazón, porque Pablo era un enamorado del Señor. Y ésta es la palabra-clave para no equivocarse: enamorados.

Nosotros, para saber de qué parte estamos, si exageramos porque vamos hacia una contemplación demasiado abstracta... o si estamos demasiado ocupados, debemos hacernos esta pregunta:

“¿Estoy enamorado del Señor?

¿Estoy seguro, estoy segura de que Él me ha elegido?

¿O vivo mi cristianismo así, haciendo las cosas... sí, hago esto, hago, hago, pero mira y el corazón? ¿Contempla?”.

3.- Contemplación y servicio: el camino de nuestra vida

“Contemplación y servicio: éste es el camino de nuestra vida. Cada uno de nosotros piense: ¿Cuánto tiempo al día dedico a contemplar el misterio de Jesús? Y después: ¿Cómo trabajo? Trabajo tanto ¿que parece una alienación, o trabajo de modo coherente con mi fe? ¿Trabajo como un servicio que viene del Evangelio? Nos hará bien pensar esto”.

Mis tareas, mis ocupaciones, mi servicio brotan de la contemplación?

4.- Desde la contemplación tenemos una gran tarea: frente al empobrecimiento espiritual

Así dicen nuestro obispos (“Iglesia, servidora de los pobres”)

Como pastores de la Iglesia pensamos que, por encima de la pobreza material, hay otra menos visible, pero más honda, que afecta a muchos en nuestro tiempo y que trae consigo serias consecuencias personales y sociales.

La indiferencia religiosa, el olvido de Dios, la ligereza con que se cuestiona su existencia, la despreocupación por las cuestiones fundamentales sobre el origen y destino trascendente del ser humano no dejan de tener influencia en el talante personal y en el comportamiento moral y social del individuo. Lo afirmaba San Pablo VI citando a un importante teólogo conciliar: “Ciertamente, el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero, al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre”.

La personalidad del hombre se enriquece con el reconocimiento de Dios. La fe en Dios da claridad y firmeza a nuestras valoraciones éticas. El conocimiento del “Dios amor” nos mueve a amar a todo hombre; el sabernos criaturas amadas de Dios nos conduce a la caridad fraterna y, a su vez, el amor fraterno nos acerca a Dios y nos hace semejantes a Él.

Es Jesucristo quien nos ha dado a conocer el rostro paternal de Dios. Ignorar a Cristo constituye una indigencia radical. Como cristianos nos duele profundamente la pobreza de no conocerle. Pero quien le conoce de verdad, inmediatamente lo reconoce en todos los pobres, en todos los desfavorecidos, en los “pordioseros” de pan o de amor, en las periferias existenciales. Como señala el Concilio Vaticano II, “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”.

Señor, en estos días vamos a contemplar el “misterio del Verbo encarnado” y nacido en la tierra.

Si te contemplo, si estoy enamorado de ti tendré fuerza espiritual para anunciarte, para darte a conocer a otros.

Pero si me produce más alegría hacer una compra que ayudar a un pobre, ya estoy metido en la “increencia” aunque haga y esté presente en actos de culto.